

cepoallanés; y no fué por ser aquel indio mas agudo y sabio que los españoles, sino porque vió y oyó á los otros cómo andaban y hablaban con los de Iztacmixtlitan, para sacar dellos por puntillos lo que querian saber. Así que Cortés conoció cómo no venian por hacerle bien, sino á espiar; y luego mandó tomar al que mas á mano y apartado estaba de la compañía, y meter secretamente donde no lo viesen; y allí lo examinó con Marina y Aguilar; el cual á la hora confesó cómo era espion, y que venia á ver y notar los pasos y cabos por do mejor le pudiesen dañar y ofender, y quemar aquellas sus chozuelas; y que por cuanto ellos habian probado la fortuna á todas las horas del día, y no les sucedia nada á su propósito, ni á la fama y antigua gloria que de guerreros tenían, acordaban venir de noche, y quizá ternian mejor ventura; y aun tambien porque no temiesen los suyos de noche y con la escuridad á los caballos, ni las cuchilladas y estrago de los tiros de fuego; y que Xicotencatl, su capitan general, estaba ya para tal efecto con muchos millares de soldados detrás de ciertos cerros, en un valle frontero y cerca del real. Como Cortés vió la confesion deste, hizo luego tomar á otros cuatro ó cinco, cada uno aparte, y confesaron asimismo cómo ellos y todos los que en su compañía venian, eran espías, y dijeron lo mesmo que el primero, casi por los mesmos términos. Así que por los dichos destes los prendió á todos cincuenta, y allí luego les hizo cortar á todos las manos, y enviólos á su ejército, amenazando que otro tanto haria á todos los espiones que tomase; y que dijese á quien los envió que, de día y de noche, y cada y cuando que viniesen, verian quién eran los españoles. Grandísimo pavor tomaron los indios de ver cortadas las manos á sus espías; cosa nueva para ellos; y creian que tenían los nuestros algun familiar que les decia lo que ellos tenían allá en su pensamiento; y así, se fueron todos, cada uno por do mejor pudo, porque no les cortasen las suyas, y alejaron las vitualas que traian para la hueste, porque no se aprovechasen dellas los adversarios.

La embajada que Moteczuma envió á Cortés.

En yéndose las espías, vieron de nuestro real cómo atravesaba por un cerro grandísima muchedumbre de gente, y era la que traia Xicotencatl; y como era ya casi noche, determinó Cortés salir á ellos, y no aguardallos que llegasen, porque del primer ímpetu no pegasen fuego, como tenían pensado, á las chozas; ca si lo hicieran, pudiera ser no escapar español del fuego ó manos de los enemigos, y aun tambien porque temiesen mas las heridas viéndolas, que sintiéndolas solamente. Así que luego puso casi toda su gente en orden, y mandó que echasen á los caballos pretales de cascabeles, y fuése hácia do habian visto pasar los enemigos. Mas ellos no osaron esperalle, con haber visto cortadas las manos de los suyos, y con el nuevo ruido de los cascabeles. Los nuestros los siguieron dos horas de noche por entre muchas sembradas de centli, y mataron hartos en el alcance, y volviéronse á su real muy victoriosos. Ya á esta sazón eran venidos al real seis señores mejicanos, personas muy principales, con hasta docientos hombres de servicio, á traer á Cortés un presen-

te, en que habia mil ropas de algodón, algunas piezas de pluma y mil castellanos de oro; y á decirle de parte de Moteczuma cómo él queria ser amigo del Emperador y suyo y de los españoles, y que viese cuánto queria de tributo cada un año, en oro, plata, perlas, piedras ó esclavos, y ropa y cosas de las que en sus reinos habia, y que lo daria sin falta y pagaria siempre, con tanto que aquellos que allí estaban con él no fuesen á Méjico; y que esto era, no tanto porque no entrasen en su tierra, cuanto porque ella era muy estéril y fragosa; y le pesaria que hombres tan valientes y honrados padesciesen trabajo y necesidad en su señorío, y que él no lo pudiese remediar. Cortés les agradesció su venida y el ofrecimiento para el Emperador y rey de Castilla, y con ruegos los detuvo que no se partiesen hasta ver el fin de aquella guerra, para que llevasen á Méjico la nueva de la victoria y matanza que él y sus compañeros harian de aquellos mortales enemigos de su señor Moteczuma. Luego tuvo Cortés unas calenturas, por las cuales no salia á correr al campo ni á hacer talas, quemas y otros daños á los enemigos. Solamente proveia que guardasen su fuerte de algunos montones y tropes de indios que llegaban á gritar y á escaramuzar; que tan ordinario era como las cerezas y comida que cada dia traian, excusándose siempre que los de Tlaxcallan no les daban enojo, sino ciertos bellacos otomíes, que no querian hacer lo que les rogaban ellos; pero ni las escaramuzas ni la furia de los indios era tanta como al principio. Quiso Cortés purgarse con una masa de píldoras que sacó de Cuba; partió cinco pedazos, y tragóselos á la hora, que de noche se suelen tomar, y acaesció que luego el otro día, antes que obrase, vinieron tres muy grandes escuadrones á dar en el real, ó porque sabian cómo estaba malo, ó pensando que de miedo no habian osado salir aquellos dias. Dijéronsele á Cortés, y él, sin mirar que estaba purgado, cabalgó y salió con los suyos al encuentro, y peleó con los enemigos todo el dia hasta la tarde. Retrójolos un grandísimo trecho, y tornóse al real, y al otro dia purgó como si entonces tomara la purga. No lo cuento por milagro, sino por decir lo que pasó, y que Cortés era muy sufridor de trabajos y males, y siempre el primero que se hallaba á las puñadas con los enemigos; y no solamente era, que raro acontece, buen hombre por las manos, pero aun tenia gran consejo en lo que hacia. Habiendo pues purgado y descansado aquellos dias, velaba de noche el tiempo que le cabia, como cualquier compañero, y como siempre acostumbraba; y no era peor por eso, ni menos amado de los que con él andaban.

Cómo ganó Cortés á Cimpancinco, ciudad muy grande.

Subió Cortés una noche encima de la torre, y mirando á una parte y á otra, vió á cuatro leguas de allí, cabe unos peñascos de la sierra y entre un monte, cantidad de humos, y creyó estar mucha gente por allí. No dió parte á nadie; mandó que le siguiesen docientos españoles y algunos amigos indios, y los demás que guardasen el real, y á tres ó cuatro horas de la noche caminó hácia la sierra á tino, que hacia muy oscuro. No hubo andado una legua, cuando dió de súbito á los caballos

una manera de torozon que los derribaba en el suelo, sin que se pudiesen menear. Como cayó el primero, y se lo dijese, respondió: «Pues vuélvase su dueño con él al real.» Cayó luego otro, y dijo lo mesmo. Como cayeron tres ó cuatro, comenzaron los compañeros á ciar, y dijéronle que mirase que era mala señal aquella, y que era mejor que se volviesen, ó esperar que amaneciese para ver á dó, ó por dó iban. El decíales que no mirasen en agüeros, y que Dios, cuya causa trataban, era sobre natura, y que no dejaria aquella jornada, ca se le figuraba que della se les habia de seguir mucho bien aquella noche, y que era el diablo, que por lo estorbar ponía delante aquellos inconvenientes; y diciendo esto se cayó el suyo. Entonces hicieron alto, y consultáronlo mejor; y fué que tornasen aquellos caballos caidos al real, y que los demás llevasen de diestro, y prosiguiesen su camino. Presto estuvieron buenos los caballos, mas no se supo de qué cayeron. Anduvieron pues hasta perder el tino de las peñas. Dieron en unos pedregales y barrancos, que aina nunca salieran de allí. Al cabo, después de haber pasado mal rato, con los cabellos erizados de miedo, vieron una lumbrecilla; fueron á tiento hácia ella, y estaba en una casa, do hallaron dos mujeres; las cuales, y otros dos hombres que acaso toparon luego, los guiaron y llevaron á las peñas donde habian visto los humos, y antes que amaneciese dieron en unos lugarejos. Mataron mucha gente, pero no los quemaron por no ser sentidos con el fuego, y por no detenerse; que le decian cómo estaban allí junto grandes poblaciones. De allí entró luego en Cimpancinco, un lugar de veinte mil casas, segun después pareció por la visitacion que dellas hizo Cortés; y como estaban descuidados de cosa semejante, y los tomaron de sobresalto y antes que se levantasen, salian en carnes por las calles, á ver qué era tan grandes llantos. Murieron muchos dellos al principio; mas, porque no hacian resistencia, mandó Cortés que no los matasen, ni tomasen mujeres ni ropa ninguna. Era tanto el miedo de los vecinos, que huian á mas no poder, sin curar el padre del hijo, ni el marido de la mujer ni casa ni hacienda. Hiciéronles señas de paz, y que no huyesen, y dijéronles que no temiesen; y así, cesó la huida y el mal. Salido ya el sol y pacificado el pueblo, se puso Cortés en un alto á descubrir tierra, y vió una grandísima poblacion, que preguntando cuya era, le dijeron que Tlaxcallan con sus aldeas. Llamó entonces á los españoles, y dijo: «Ved qué hiciera al caso matar los de aquí, habiendo tantos enemigos allí.» Y con esto, sin hacer otro daño en el pueblo, se salió fuera á una gentil fuente que tenia; y allí vinieron los principales y que gobernaban el pueblo, y otros mas de cuatro mil, sin armas y con mucha comida. Rogaron á Cortés que no les hiciesen mas mal, y que le agradecian el poco que habia hecho, y que querian servirle, obedecerle y ser sus amigos, y no solamente guardar de allí adelante muy bien su amistad, mas trabajar tambien con los señores de Tlaxcallan y con otros, que hiciesen otro tanto. El les dijo cómo era cierto que ellos habian peleado con él muchas veces, aunque entonces le traian de comer; pero que los perdonaba, y recibia en su amistad y al servicio del Emperador. Con tanto, los dejó, y se volvió á su real muy alegre con tan buen suceso, de tan

mal principio como fué lo de los caballos, diciendo: «No digais mal del dia hasta que sea pasado;» y llevando una cierta confianza que aquellos de Cimpancinco harian con los de Tlaxcallan que dejasen las armas y fuesen sus amigos, y por eso mandó que de allí en adelante nadie hiciese mal ni enojo á indio ninguno; y aun dijo á los suyos que creia, con ayuda de Dios, que habian acabado aquel dia la guerra de aquella provincia.

El deseo que algunos españoles tenian de dejar la guerra.

Cuando Cortés llegó al real tan alegre como dije, halló á sus compañeros algo despavoridos por lo de los caballos que les enviara, pensando no le hubiese acontecido algun desastre. Pero como lo vieron venir bueno y victorioso, no cabian de placer; bien sea verdad que muchos de la compañía andaban mustios y de mala gana, y que deseaban volverse á la costa, como ya se lo tenían rogado algunos muchas veces; pero mucho mas quisieran ir de allí viendo tan gran tierra muy poblada, muy cuajada de gente, y toda con muchas armas y ánimo de no consentirlos en ella, y hallándose tan pocos, tan dentro en ella, tan sin esperanza de socorro; cosas ciertamente para temer cualquiera, y por eso platicaban algunos entrellos mesmos, que seria bueno y necesario hablar á Cortés, y aun requerírsele, que no pasase mas adelante, sino que se tornase á la Veracruz, de donde poco á poco se ternia inteligencia con los indios, y harian segun el tiempo dijese, y podria llamar y recoger mas españoles y caballos, que eran los que hacian la guerra. No curaba mucho dello Cortés, aunque algunos se lo decian en secreto para que proveyese y remediase aquello que pasaba, hasta que una noche saliendo de la torre donde posaba, á requerir las velas, oyó hablar recio en una de las chozas que al rededor estaban, y púsose á escuchar lo que hablaban; y era que ciertos compañeros decian: «Si el capitan quiere ser loco é irse donde lo maten, váyase solo; no le sigamos.» Entonces llamó á dos amigos suyos, como por testigos, y dijoles que mirasen lo que estaban aquellos hablando; que quien lo osaba decir, lo osaria hacer; y asimesmo oyó decir á otros por los corrales y corrillos, que habia de ser lo de Pedro Carbonerote, que por entrar á tierra de moros á hacer salto, se habia quedado allí muerto con todos los que con él fueron; por eso, que no le siguiesen, sino que volviesen con tiempo. Mucho sentia Cortés oír estas cosas, y quisiera reprehender y aun castigar á los que las trataban; pero viendo que no estaba en tiempo, acordó de llevarlos por bien, y hablóles á todos juntos de la manera siguiente:

Oracion de Cortés á los soldados.

«Señores y amigos: Yo os escogí por mis compañeros, y vosotros á mí por vuestro capitan, y todo para en servicio de Dios y acrescentamiento de su santa fe, y para servir tambien á nuestro rey, y áun pensando hacer de nuestro provecho. Yo, como habeis visto, no os he faltado ni enojado, ni por cierto vosotros á mí hasta aquí; mas empero agora siento flaqueza en algunos, y poca gana de acabar la guerra que traemos entre manos; y si á Dios place, acabada es ya, á lo menos entendido hasta dó puede llegar el daño que nos pue-

de hacer. El bien que della conseguiremos, en parte lo habeis visto, aunque lo que teneis de ver y haber es sin comparacion mucho mas, y excede su grandeza á nuestro pensamiento y palabras. No temais, mis compañeros, de ir y estar conmigo, pues ni españoles jamás temieron en estas nuevas tierras, que por su propia virtud, esfuerzo é industria han conquistado y descubiertto, ni tal concepto de vosotros tengo. Nunca Dios quiera que ni yo piense, ni nadie diga que miedo caiga en mis españoles, ni desobediencia á su capitán. No hay volver la cara al enemigo, que no parezca huida; no hay huida, ó si la quereis colorar, retirada, que no cause á quien la hace infinitos males: vergüenza, hambre, pérdida de amigos, de hacienda y armas, y la muerte, que es lo peor, aunque no lo postrero, porque para siempre queda la infamia. Si dejamos esta tierra, esta guerra, este camino comenzado, y nos tornamos, como alguno desea, ¿hemos por ventura de estar jugando, ociosos y perdidos? No por cierto, diréis; que nuestra nacion española no es de esa condicion cuando hay guerra y va la honra. Pues ¿adónde irá el buey que no are? ¿Pensais quizá que habeis de hallar en otra parte mejor gente, peor armada, no tan léjos de mar? Yo os certifico que andais buscando cinco piés al gato, y que no vamos á cabo ninguno, que no hallemos tres leguas de mal camino, como dicen, peor mucho que este que llevamos; porque, á Dios gracias, nunca después que en esta tierra entramos nos ha faltado el comer, ni amigos ni dineros ni honra; que ya veis que os tienen por mas que hombres los de aquí, y por inmortales, y aun por dioses, si decirse puede, pues siendo ellos tantos, que ellos mismos no se pueden contar, y tan armados como vosotros decís, no han podido matar siquiera uno de nosotros; y en cuanto á las armas, ¿qué mayor bien quereis dellas que no traer yerba, como los de Cartagena, Veragua, los caribes, y otros que han muerto con ella muy muchos españoles rabiando? Pues aun por solo esto, no debriades buscar otros con quien guerrear. La mar aparte está, yo lo confieso, y ningún español hasta nosotros se alejó della tanto en Indias; porque la dejamos atrás cincuenta leguas; pero tampoco ninguno ha hecho ni merecido tanto como vosotros. Hasta Méjico, donde reside Moteczuma, de quien tantas riquezas y mensajerías habeis oido, no hay mas de veinte leguas; lo mas, andado está, como veis, para llegar allá. Si llegamos, como espero en Dios nuestro Señor, no solo ganaremos para nuestro emperador y rey natural rica tierra, grandes reinos, infinitos vasallos, mas aun tambien para nosotros propios muchas riquezas, oro, plata, piedras, perlas y otros haberes; y sin esto, la mayor honra y prez que hasta nuestros tiempos, no digo nuestra nascion, mas ninguna otra ganó; porque cuanto mayor rey es este tras que andamos, cuanto mas ancha tierra, cuanto mas enemigos, tanto es mas gloria nuestra, y ¿no habeis oido decir que cuanto mas moros, mas ganancia? Allende de todo esto, somos obligados á ensalzar y ensanchar nuestra santa fe católica, como comenzamos y como buenos cristianos, desarraigando la idolatría, blasfemia tan grande de nuestro Dios; quitando los sacrificios y comida de carne de hombres, tan contra natura y tan usada, y excu-

sando otros pecados, que por su torpedad no los nombro. Así que pues, ni temais ni dubdeis de la vitoria; que lo mas hecho está ya. Vencistes los de Tabasco y ciento y cincuenta mil el otro día de aquestos de Tlaxcallan, que tienen fama de descarrilla-leones; venceréis tambien, con ayuda de Dios y con vuestro esfuerzo, los que destos mas quedan, que no pueden ser muchos, y los de Culúa, que no son mejores, si no desmayais y si me seguís. Todos quedaron contentos del razonamiento de Cortés. Los que flaqueaban, esforzaron; los esforzados cobraron doblado ánimo; los que algun mal le querian, comenzaron á honrarlo; y en conclusion, él fué de allí adelante muy amado de todos aquellos españoles de su compañía. No fué poco necesario tantas palabras en este caso; porque, segun algunos andaban ganosos de dar la vuelta, movieran un motin que le forzara tornar á la mar; y fuera tanto como nada cuanto habian hecho hasta entonces.

Cómo vino Xicotencatl por embajador de Tlaxcallan al real de Cortés.

No habian bien acabado de despartirse platicando sobre lo arriba tratado, que entró por el real Xicotencatl, capitán general de aquella guerra, con cincuenta personas principales y honradas que le acompañaban. Llegó á Cortés, y saludáronse cada uno á fuer de su tierra; y sentados, le dijo cómo venia de su parte y de la de Maxitca, que es el otro señor mas principal de toda aquella provincia, y de otros muchos que nombró, y en fin, por toda la república de Tlaxcallan, á rogarle los admitiese á su amistad, y á darse á su rey, y á que les perdonase por haber tomado armas y peleado contra él y sus compañeros, no sabiendo quién fuesen ni qué buscasen en sus tierras; y que si le habian defendido la entrada, era como á extranjeros y hombres de otra facion muy diferente de la suya, y tal, que jamás vieron su igual; y temiendo no fuesen de Moteczuma, antiguo y perpetuo enemigo suyo, pues venian con él sus criados y vasallos; ó fuesen personas que quisiesen enojarlos y usurparles su libertad, que de tiempo inmemorial tenían y guardaban; y que por conservarla, como habian hecho todos sus antepasados, tenían derramada mucha sangre, perdida mucha gente y hacienda, y padecido muchos males y desventuras, en especial desnudez, porque como aquella su tierra era fria, no llevaba algodón; y así, les era forzado andarse como nacieron, ó vestir de hojas de metl; y asimesmo no comían sal, cosa sin la cual ningún manjar tiene gusto ni buen sabor, como allí no se hacía; y que de estas dos cosas, sal y algodón, tan necesarias á la vida humana, carecian, y las tenían Moteczuma y otros enemigos suyos, de que estaban cercados; y como no alcanzaban oro ni piedras, ni las otras cosas preciadas á que trocarlas, tenían necesidad muchas veces de venderse para comprarlas. Las cuales faltas no tenían si quisiesen ser sujetos y vasallos de Moteczuma; pero que antes morirían todos que cometer tal deshonor y maldad, pues eran tan buenos para defenderse de su poderío, como habian sido sus padres y abuelos defendiéndose del suyo y de su abuelo, que fueron tan grandes señores como él, y los que sojuzgaron y tiranizaron toda la tierra; y que tam-

bien agora quisieran defenderse de los españoles, mas que no podian, aunque habian probado y echado todas sus fuerzas y gente, así de noche como de día, y hallábanlos fuertes é invencibles, y ninguna dicha contra ellos. Por tanto, pues que su suerte era tal, querian antes estar sujetos á ellos que á otro ninguno; porque, segun les decían los de Cempoallan, eran buenos, poderosos, y no venian á mal hacer; y segun ellos habian conocido, en la guerra y batallas eran valentísimos y venturosos. Por las cuales dos razones confiaban dellos que su libertad seria menos quebrada, sus personas, sus mujeres mas miradas, y no destruidas sus casas ni labranzas; y si alguno los quisiese ofender, defendidos. Al cabo, en fin, de todo, le rogó mucho, y aun con los ojos arrasados, que mirase cómo nunca jamás Tlaxcallan reconoció rey ni tuvo señor, ni entró hombre nacido en ella á mandar, sino el que le llamaban y rogaban. No se podría decir cuánto se holgó Cortés con tal embajador y embajada; porque, allende de tanta honra como venir á su tienda tan gran capitán y señor á humillarse, era grandísimo negocio para su demanda, tener amiga y sujeta aquella ciudad y provincia, y haber acabado la guerra á mucho contentamiento de los suyos, y con gran fama y reputacion para con los indios. Así que le respondió alegre y graciosamente, aunque cargándole la culpa del daño que habia recibido su tierra y ejército, por no lo querer escuchar ni dejar entrar en paz, como se lo rogaba y requeria con los mensajeros de Cempoallan, que les envió de Zaclotan; pero que él les perdonaba dos caballos que le mataron, el saltar que hicieron, las mentiras que le dijeron, peleando ellos y echando la culpa á otros; el haberle llamado á su pueblo para matarle en el camino sobre seguro y en celada, y no desafiándole primero, de valientes hombres como eran. Recibió el ofrecimiento que le hizo al servicio y sujecion del Emperador, y despidióle con que presto seria con él en Tlaxcallan, y que no iba luego por amor de aquellos criados de Moteczuma.

El recibimiento y servicio que hicieron en Tlaxcallan á los nuestros.

Mucho pesó en grande manera á los embajadores mejicanos la venida de Xicotencatl al real de los españoles, y el ofrecimiento que á Cortés hizo para su rey de las personas, pueblo y hacienda. E dijéronle que no creyese nada de aquello, ni se confiase en palabras; que todo era fingido, mentira y traicion, para cogerlo en la ciudad á puerta cerrada y á su salvo. Cortés les decía que aunque todo aquello fuese verdad, determinaba ir allá, porque menos los temia en poblado que en el campo. Ellos, como vieron esta respuesta y determinacion, rogáronle que diese licencia á uno dellos para ir á Méjico á decir á Moteczuma lo que pasaba, y la respuesta de su principal recado, que dentro de seis días tornaria sin falta ninguna; y que hasta tanto no se partiese del real. El se la dió, y esperó allí á ver qué traíria de nuevo, y porque á la verdad, no se osaba fiar de aquellos sin mayor certinidad. En este medio tiempo iban y venian al real muchos de Tlaxcallan, unos con gallipavos, otros con pan, cuál con cerezas, cuál con ají, y todos lo daban de balde y con alegre semblante, rogando que

se fuesen con ellos á sus casas. Vino pues el mejicano, como prometió, al sexto día, y trajo á Cortés diez piezas é joyas de oro muy bien labradas y ricas, y mil y quinientas ropas de algodón, hechas á mil maravillas, é muy mejores que las otras mil primeras. Y rogóle muy abincadamente de parte de Moteczuma que no se pusiese en aquel peligro, confiándose de aquellos de Tlaxcallan, que eran pobres, y le robarian lo que él le habia enviado, y le matarian por solo saber que trataba con él. Vinieron asimismo todas las cabeceras y señores de Tlaxcallan á rogarle les hiciese tanto placer de irse con ellos á la ciudad, donde seria servido, proveído y aposentado; ca era vergüenza suya que tales personas estuviesen en tan ruines chozas; y que si no se fiaba dellos, que viese cualquiera otra seguridad ó rehenes, y dárselas hian; pero que le prometian é juraban que podía ir y estar segurísimamente en su pueblo, porque no quebrantarian su juramento, ni faltarian la fe de la república, ni la palabra de tantos señores y capitanes, por todo el mundo. Así que, viendo Cortés tanta voluntad en aquellos caballeros y nuevos amigos, y que los de Cempoallan, de quien tenia muy buen crédito, le importunaban y aseguraban que fuese, hizo cargar su fardaje á los bastajes, y llevar la artillería, y partióse para Tlaxcallan, que estaba á seis leguas, con tanta orden y recado como para una batalla. Dejó en la torre y real, y donde habia vencido, cruces y mojones de piedra. Salió tanta gente á rescebirle al camino y por las calles, que no cabian de piés. Entró en Tlaxcallan á 18 de setiembre; aposentóse en el templo mayor, que tenia muchos y buenos aposentos para todos los españoles, y puso en otros á los indios amigos que iban con él; puso tambien ciertos límites y señales para hasta do saliesen los de su compañía, y no pasasen de allí, so graves penas, y mandó que no tomasen sino lo que les diesen; lo cual muy bien cumplieron, porque aun para ir á un arroyo, tiro de piedra del templo, le pedían licencia. Mil placeres hacian aquellos señores á los españoles, y mucha cortesía á Cortés, y les proveian de cuanto menester habian para su comida; y muchos les dieron sus hijas en señal de verdadera amistad, y porque nasciesen hombres esforzados de tan valientes varones, y les quedase casta para la guerra; ó quizá se las daban por ser su costumbre ó por complacellos. Parecióles bien á los nuestros aquel lugar y la conversacion de la gente, y holgáronse allí veinte días, en los cuales procuraron saber particularidades de la república y secretos de la tierra, y tomaron la mejor informacion y noticia que pudieron del hecho de Moteczuma.

De Tlaxcallan.

Tlaxcallan quiere decir pan cocido ó casa de pan; ca se coge allí mas centli que por los alrededores. De la ciudad se nombra la provincia, ó al revés. Dicen que primero se nombró Texcallan, que quiere decir casa de barranco: es grandísimo pueblo; está á orillas de un rio que nasce en Atlancatepec y que riega mucha parte de aquella provincia, y después entra en el mar del Sur por Zacatullan. Tiene cuatro barrios, que se llaman Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlan, Quiyahuitlan. El primero está en un cerro alto, y léjos del rio mas de

media legua; y porque está en sierra se dice Tepeticpac, que es Somosierra; el cual fué la primera poblacion que allí hobo, y fué en alto á causa de las guerras. El otro está aquella ladera abajo hasta el rio; y porque allí habia pinos cuando se pobló, lo llamaron Ocotelulco, que es pinar. Era la mejor, y mas poblada parte de la ciudad; en donde estaba la plaza mayor, en que hacian su mercado, que llaman tianquiztli, y do tiene sus casas Maxixcacin. El rio arriba en lo llano estaba otra puebla, que dicen Tizatlan por haber allí mucho yeso, en la cual residia Xicotencatl, capitán general de la república. El otro barrio está tambien en llano mas rio abajo; que por ser aguazal se dijo Quiyahuitlan. Después que españoles la tienen, se ha desuelto casi toda y hecho de nuevo, y con muy mejores calles, y casas de piedra, y en llano á par del rio. Es república como Venecia, que gobiernan los nobles y ricos. Mas no hay uno solo que mande, porque huyen dello como de tiranía. En la guerra hay, segun arriba dije, cuatro capitanes ó coroneles, uno por cada barrio de aquellos cuatro; de los cuales sacan el general. Otros señores hay que tambien son capitanes, pero de menor cuantía. En la guerra el pendon va detrás. Acabada la batalla ó alcance, hincanle donde todo los vean. Al que no se recoge, pénanle. Tienen dos saetas, como reliquias de los primeros fundadores, que llevan á la guerra dos principales capitanes, valientes soldados, en las cuales agüeran la victoria ó la pérdida; ca tiran una dellas á los enemigos que primero topan. Si mata ó fiere, es señal que vencerán, y si no, que perderán. Así lo decian ellos; y por ninguna manera dejan de cobrarla. Tiene esta provincia veinte y ocho lugares, en que hay ciento y cincuenta mil vecinos. Son bien dispuestos, muy guerreros, que no tienen par. Son pobres, que no tienen otra riqueza ni granjería sino centli, que es su pan; del cual, allende de lo que comen, sacan para vestidos y tributos y para las otras necesidades de la vida. Tienen muchos cabos para mercados; pero el mayor, y que muchas veces en semana se hace, y en la plaza de Ocotelulco, es tal, que se llegan en él treinta mil personas y mas en un día á vender y comprar, ó por mejor decir, á trocar; que no saben qué cosa es moneda batida de metal ninguno. Véndese en él, como acá, lo que han menester para vestir, calzar, comer, beber y fabricar. Hay toda manera de buena policia en él; porque hay plateros, plumajeros, barberos y haños; y ollereros, que hacen vasos muy buenos, y es tan buena loza y barro como lo hay en España. Es la tierra muy grasa para pan, para frutas y de pastos; ca en los pinares nasce tanta y tal yerba, que ya los nuestros apascientan en ellos su ganado y herbajan sus ovejas; lo que acá no pueden. A dos leguas de la ciudad está una sierra redonda, que tiene de subida otras dos, y de cerco quince. Suele cuajar en ella la nieve. Llámase agora de San Bartolomé, y antes de Matlacueje, que era su diosa del agua. Tambien tenían dios del vino, que llamaban Ometochtli, por sus muchas borracheras á su usanza. El ídolo mayor, y Dios principal suyo, es Comaxle, ó por otro nombre Mixcouath; cuyo templo estaba en el barrio Ocotelulco; en el cual sacrificaban año habia ochocientos y mas hombres. Hablan en Tlaxcallan tres lenguas, nahu-

tatl, que es la cortesana; y la mayor de toda tierra de Méjico; la otra es de otomix, y esta mas se usa fuera que dentro de la ciudad. Un solo barrio hay que habla pinomex, y es grosera. Habia cárcel pública, donde estaban los malhechores con prisiones. Castigaban lo que tenían por pecado. Avino entonces que un vecino hurtó á un español un poco de oro. Cortés lo dijo á Maxixca; el cual hizo su informacion y pesquisa con tanta diligencia, que le fueron á hallar á Chololla, que es otra ciudad cinco leguas de allí, y le trajeron preso y lo entregaron con el mismo oro, para que Cortés hiciese justicia dél como en España. Pero él no quiso, sino agradecerle la diligencia. Y ellos con pregon público que manifestaba su delito le pasaron por ciertas calles, y en el mercado, en uno como teatro, lo descotaron con una porra; de que no poco se maravillaron los españoles.

La respuesta que dieron á Cortés los de Tlaxcallan sobre dejar sus ídolos.

Viendo pues que guardaban justicia y vivian en religion, aunque diabólica, siempre que Cortés les hablaba, les predicaba con los farantes, rogándoles que dejasen los ídolos y aquella cruel vanidad que tenían matando y comiendo hombres sacrificados, pues ninguno de todos ellos queria ser muerto así ni comido, por mas religioso ni santo que fuese; y que tomasen y creyesen el verdadero Dios de cristianos que los españoles adoraban; que era el criador del cielo y de la tierra, y el que llovía y criaba todas las cosas que la tierra produce, para solo el uso y provecho de los mortales. Unos les respondian que de grado lo hicieran, siquiera por complacerle, sino que temian ser apedreados del pueblo. Otros, que era recio descreer lo que ellos y sus antepasados tantos siglos habian creído, y seria condenarlos á todos y á sí mismos. Otros, que podría ser que andando el tiempo lo harian, viendo la manera de su religion, entendiendo bien las razones para que debian hacerse cristianos, y conociendo mejor y por entero el vivir de los españoles, las leyes, las costumbres y las condiciones; porque quanto á la guerra, ya tenían conocido que eran invencibles hombres, y que su dios les ayudaba bien. Cortés á esto les prometió que presto les daría quien les enseñase y dotrinase, y entonces verian la mejoría, y el grandísimo fruto y gozo que sentirian si tomasen su consejo, que como amigo les daba; y pues al presente no podia hacerlo, por la prisa de llegar á Méjico, que tuviesen por bueno que en aquel templo donde tenia su aposento, hiciese iglesia para en que él y suyos orasen, é hiciesen sus devociones y sacrificio, y que podian tambien ellos venir á verlo. Diéronle la licencia, y aun vinieron muchos á oír la misa que se decía cada día de los que allí estuvo, y á ver las cruces y otras imágenes que se pusieron allí y en otros templos y torres. Hubo asimesmo algunos que se vinieron á vivir con los españoles, y todos los de Tlaxcallan les mostraban amistad; pero el que mas de veras y como señor se mostró ser amigo, fué Maxixca, que no se partía de Cortés, ni se hartaba de ver ni oír á los españoles.

La enemistad entre mejicanos y tlascaltecas.

Conociendo pues cuán de buena gana hablaban y conversaban, les preguntaron por Moteczuma, y cuán gran rico y señor era. Ellos lo encarecieron grandemente y como hombres que lo habian probado, y que, segun afirmaban, habia noventa ó cien años que tenían guerra con él y con su padre Axaxaca y con otros sus tíos y abuelo; y decian que el oro y plata y las otras riquezas y tesoros que aquel rey tenia eran mas que ellos podian decir, segun todos contaban. El señorío que tenia era de toda la tierra que ellos sabian. La gente innumerable, ca juntaban docientos y trecientos mil hombres para una batalla; y si quisiese, que juntaría doblados; y que deso eran ellos buenos testigos, por haber muchas veces peleado con ellos. Engrandescian tanto las cosas de Moteczuma, especialmente Maxixcacin, que deseaba que no se metiesen en peligro entre los de Culúa, que no acababan, y que muchos españoles sospechaban mal. Cortés les dijo que estaba determinado, con todo aquello que oía, de llegar á Méjico á ver á Moteczuma; por tanto, que viesen lo que mandaban que negociase con el de su parte y provecho, que lo haría, como les era en obligacion, porque tenia por cierto que Moteczuma haría por él lo que le rogase. Ellos le rogaron por licencia para sacar algodón y sal, que habia que no la comían á derechos aquellos años que las guerras duraran, sino era alguno dellos, que ó la compraba á escondidas ó de algunos vecinos amigos, á peso de oro; porque Moteczuma mataba al que le vendía y sacaba fuera de sus reinos para se la vender á ellos. Preguntando qué fuese la causa de aquellas guerras y ruin vecindad que Moteczuma les hacia, dijeron que enemistades viejas y amor de la libertad y exencion. Mas, segun los embajadores afirmaban, y á lo que después Moteczuma dijo, y otros muchos en Méjico, no era así, sino por otras razones muy diversas, si ya no decimos que cada uno alegaba de su derecho, justificando su partido; y eran las razones, porque los mancebos mejicanos y de Culúa ejercitaban las personas en la guerra allí cerca, sin ir lejos á Pánuco y Teoantepec, que eran fronteras muy aparte; y tambien por tener allí siempre gente que sacrificar á sus dioses, tomada en guerra; y así, para hacer fiesta y sacrificio enviaba luego á Tlaxcallan ejército á cativar hombres cuantos habia menester para aquel año; que averiguado está que si Moteczuma quisiera, en un día los sujetara y matara todos, haciendo la guerra de veras; pero como no queria sino cazar hombres para sus dioses y bocas, no enviaba sobre ellos sino pocos; y así, algunas veces los vencian los de Tlaxcallan. Gran placer tomaba Cortés en ver la discordia, las guerras y contradiccion tan grande entre aquellos sus nuevos amigos y Moteczuma, que era muy á su propósito, creyendo por aquella via sojuzgar mas á todos; y así, trataba con los unos y con los otros en secreto, por llevar el negocio bien de raíz. A todas estas cosas estaban muchos de Huexocinco que habian sido en la guerra contra los nuestros. Iban y venían á su ciudad, que asimesmo es república, á la manera de Tlaxcallan, y tan amiga y unida con ella, que son una misma cosa para contra Moteczuma, que los tenia oprimos

tambien, y para las carnicerías de sus templos de Méjico; y diéronse á Cortés para el servicio y vasallaje del Emperador.

El solemne rescibimiento que hicieron á los españoles en Chololla.

Los embajadores de Moteczuma dijeron á Cortés que pues todavía determinaba ir á Méjico, que se fuese por Chololla, cinco leguas de Tlaxcallan; que eran los de aquella ciudad amigos suyos, y allí esperaría mejor la resolucion de la voluntad del señor, si era que entrase en Méjico ó no; lo cual decian por sacarle de allí, que certísimamente pesaba mucho á Moteczuma ver la paz y amistad tan grande entre tlascaltecas y españoles, temiendo que de allí habia de resurtir qualque mal golpe que lo lastimase; y para que lo hiciese dábanle siempre alguna cosa; que era cebarlo para ir mas presto allá. Los de Tlaxcallan deshacíanse de enojo, viendo que queria ir á Chololla, y diciendo que Moteczuma era un engañador, tirano, fementido, y Chololla amiga suya, aunque desleal; y que podría ser que le enojasen cuando allá dentro lo tuviesen, y le hiciesen guerra. Por eso, que lo mirase bien; y que si acordaba de ir, que le daría cincuenta mil personas que le acompañasen. Aquellas mujeres que dieron á los españoles cuando entraron, entendieron una trama que se hacia para matarlos en Chololla con medio de uno de aquellos cuatro capitanes; una hermana del cual lo descubrió á Pedro de Albarado, que la tenia. Cortés luego habló con aquel capitán, y con palabras le sacó fuera de su casa, y le hizo ahogar sin ser sentido, ni sin otra alteracion ni movimiento; y así no hubo escándalo ninguno, y se atajó la trama. Fué maravilla no revolverse Tlaxcallan siendo muerto así aquel tan principal caballero en la república. Pesquisóse la casa después, y averiguóse que era verdad cómo habia enviado á Chololla Moteczuma mas de treinta mil soldados, y que estaban á dos leguas en guarnicion para el efecto, y que tenían tapadas las calles, en las azoteas muchas piedras, el camino real cerrado, y hecho otro de nuevo con grandes hoyos, y por él hincados muchos palos agudos en que se mancecasen los caballos y no pudiesen correr; y que los tenían cubiertos de arena porque no los vieses aunque fuesen á descubrir delante. Creyólo tambien porque no habian venido ni enviado los de allí á verle ni á ofrecerse á nada, como habian hecho los de Huexocinco, que allí cerca estaban. Entonces, á consejo de los de Tlaxcallan, envió á Chololla ciertos mensajeros á llamar á los señores y capitanes. Mas no vinieron, sino enviaron tres ó cuatro á excusarse por estar enfermos, y á ver lo que queria. Los de Tlaxcallan dijeron cómo aquellos eran hombres de poca suerte, y tal parecían ellos; y que no se partiese sin que primero viniesen allí los capitanes. Tornó á enviar los mismos mensajeros con mandamiento por escrito que si no venian dentro de tercero día, que los ternia por rebeldes y enemigos, y como á tales los castigaria rigurosamente. A otro día vinieron muchos señores y capitanes de Chololla á desculpase, por ser los de Tlaxcallan sus enemigos, y no poder estar seguros en su pueblo y porque sabian el mal que dellos le habian dicho; pero que no los creyese, que eran unos